

# La fotografía salta al espacio

Una muestra de Jorge Miño abre caminos en el trabajo del artista, que abandona la bidimensión.

22 agosto 2015 EDUARDO VILLAR

El título de la muestra de Jorge Miño en el Centro Cultural Recoleta parece proponerle, de manera que uno puede tomarse la licencia de empezar por la que seguramente será la última obra en el recorrido del espectador. El umbral invisible: donde el final es un comienzo se llama la muestra, curada por Gabriela Urtiaga. Y en su final, en su comienzo, no hay una fotografía – como cabría esperar de Miño – sino una instalación: dentro de una estructura poliédrica irregular de vidrio y metal, dos escaleras se cruzan dibujando una equis. El piso espejado, la iluminación y la disposición de los cristales hacen que las escaleras en equis se multipliquen en el espacio, de forma tal que uno se encuentra frente a lo que parece la versión espectral de una de esas arquitecturas imposibles de Escher.

La obra emociona por su belleza, pero también porque uno puede ver en ella la representación más cabal del salto que el artista ha dado desde la bidimensión hacia el espacio y, sobre todo, hacia los que probablemente sean rumbos nuevos en su producción. Jorge Miño acaba de saltar y ahora flota un poco en el aire, observa la realidad – y su trabajo como artista – desde otros ángulos,

con otras perspectivas.

La historia de esta instalación, llamada “Sin fin”, tiene un principio. Todo empezó con una foto de dos escaleras que se cruzaban formando una equis, que Miño tomó hace años y tenía guardada, en un cajón y en su mente. Tras años de sedimentación, esa foto se convirtió en lo que hoy es la pieza central de esta muestra. En la memoria del artista hay otro momento clave: un día de 2009 en que, sobre una escalera mecánica en el aeropuerto londinense de Heathrow, por un instante sintió el vértigo de no saber si subía o bajaba. Fue cuando las escaleras se convirtieron en tema central de sus fotografías y de sus reflexiones sobre las situaciones de unión o de tránsito, sobre los puntos en los que –no sólo en un sentido espacial sino también filosófico o existencial– no se está en un lugar ni en otro.

Es curioso como aún quedan en la instalación de Miño restos de lo fotográfico, sobre todo en el blanco y negro. Y en algo de cámara réflex que puede reconocerse en ese poliedro hecho de cristal, espejo, luz y felpa negra. Aparece incluso la palabra “cámara”: para producir la

multiplicación de la imagen (también vinculada a lo fotográfico) los cristales son los de visión unilateral que se usan en la llamada “cámara Gesell”. Para el observador, el cristal es transparente; para el observado, un espejo.

La muestra se divide en tres espacios. En el más amplio se exhiben fotografías de distintas series. Tres fotos de gran formato y un políptico de ocho, más pequeñas, de la serie La lógica de las formas. Ocho no es un número casual. La cifra (8) remi-

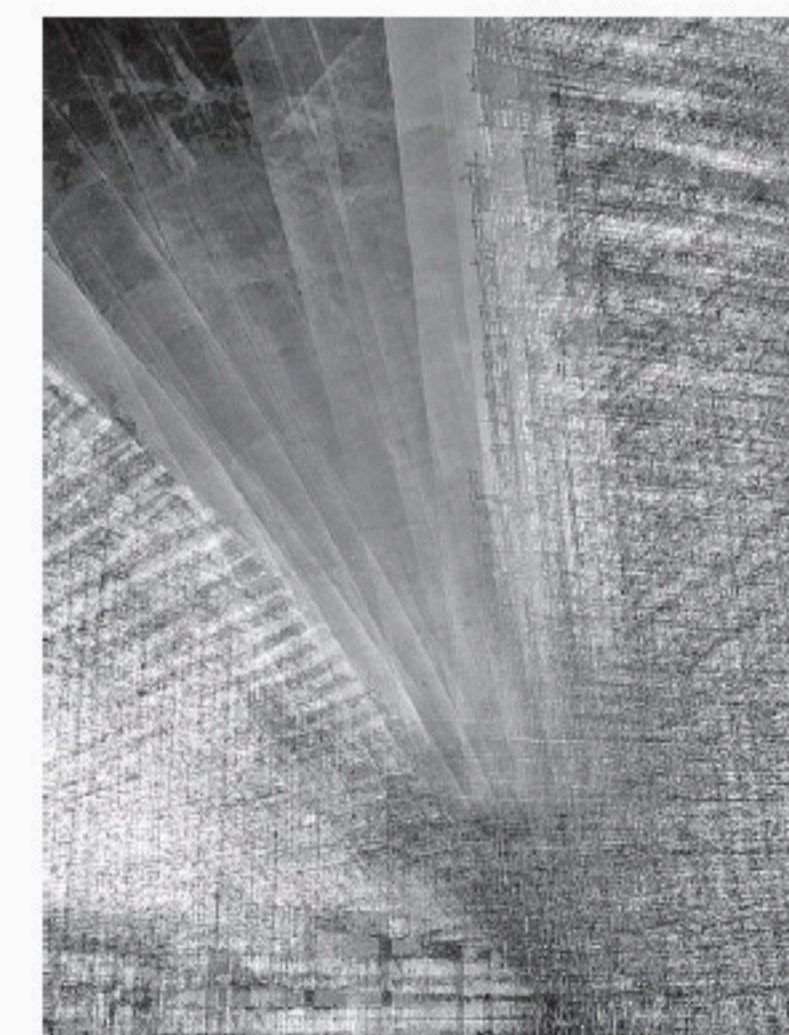
te al signo matemático del infinito. Y es infinito lo que sugieren las ocho imágenes: andamiajes sin principio ni fin, estructuras de andamios compuestas por Miño a partir de una toma fotográfica sampleada y ensamblada luego digitalmente en

la computadora.

El tercer espacio es ocupado por otra instalación, compuesta –nuevamente– de ocho levisísimas telas de seda suspendidas, una detrás de otra, desde el techo. Las telas son



De la serie “La piel translúcida”. Toma e impresión sobre muselina, 22 x 150 cm. N° 4 de 8 partes, 2015 (izq). Sin fin. Instalación en vidrio y metal, 230 x 600 x 350 cm aproximadamente, 2015 (abajo, derecha). De la serie “La lógica de las formas”....



traslúcidas y en cada una hay impresa un imagen fotográfica: en capas sucesivas, las imágenes se superponen. El espectador puede moverse entre las capas, como si se metiera entre las sobre-impresiones –similares a la piel de una cebolla– con las que Miño compone muchas de sus fotografías.

